

Señores:

Ante todo deseo agradecer a la Asociación Gremial de Empleados y Obreros Universitarios por haberme invitado a tomar parte en la inauguración de sus actividades culturales. Significa una gran comprensión de las necesidades de la vida haber incluido en su programa actos culturales de esta índole, porque es bien cierto que ni la mayor instrucción, ni la posesión de bienes materiales que permiten un standard más elevado de vida, son suficientes para formar una persona de valor superior, sin que la completen bienes espirituales y culturales. Cumpliendo un deseo que me ha sido expresado, examinaré hoy los recuerdos de los tiempos de preconquista que he podido observar en la vida cotidiana y en las costumbres de la población rural del Norte Argentino. Debo pedir disculpas a mi distinguido auditorio <sup>por referirme</sup> que en la mayoría de los casos me referiré a la provincia de Santiago del Estero que he recorrido durante 28 años. Para obtener una impresión real de la vida íntima de un pueblo, no es suficiente cruzar la campiña en automovil, como a vuelo de pajaró, y volver en seguida a la ciudad, sinó llegar silenciosamente a pié, a caballo o a lo sumo en sulky, para convivir, aunque fuera por 24 horas con los dueños de una casa o de un humilde rancho. Por más <sup>probos</sup> que sean los moradores, recibirán al visitante con la mayor atención, le brindarán lo mejor que tengan, sabiendo disimular con verdadera maestría que han sacrificado sus propias comodidades para cumplir con las leyes de la tradicional hospitalidad. En los primeros tiempos de la conquista hubo pueblos que recibían a los españoles con llanto, llorando a lágrima viva; Los españoles, conquistadores ensoberbecidos, creían que lo hacían de miedo o que querían significar con esta actitud que se sometían en absoluto. Pero después se dieron cuenta por la explicación que dieron los mismos indios, que lo hacían porque lamentaban las muchas molestias que habían tenido que sufrir <sup>los forasteros</sup> para llegar a la toldeña de ellos. El paisano, como se le llama en el Norte al indio o descendiente de indio, ha heredado de sus antepasados la desconfianza y necesita tiempo para comunicarse con toda confianza con su visitante. El indio en general es taciturno y poco imaginativo, pero ya en tiempos de la colonia existía la creencia que no se necesitaba más que darle bebidas alcohólicas para conseguir que hablara. Un craso error. Hacen unos 24 años, cuando visité en compañía de un periodista porteño quien quería escribir sobre pensamientos y costumbres del campo, a una familia casi indígena a la que conocía hace años. Este señor llevaba bastante bebidas alcohólicas, convencido que con eso conseguiría lo que buscaba. Llegado el momento, después de abundantes libaciones, con mi mayor asombro, el dueño de casa empezó a hablar hasta altas horas de la noche, contando como hechos <sup>verídicos</sup> historias como nunca se le había oído decir, desarrollando una imaginación digna de un novelista. A la mañana siguiente nos fuimos, mi compañero contento con lo que había conseguido. Cuando ví al paisano la próxima vez, le pregunté porque le había mentado tanto a mi compañero, a lo que me

contestó que no se acordaba de nada. Otro rasgo característico es la supersticios<sup>m</sup>o. Los ruidos extra<sup>ños</sup>, las luces al pié de un árbol, son cosas tenidas por reales, estas últimas indicarían la existencia de un tesoro. Es muy difícil o, por lo menos, les cuesta un gran esfuerzo para entrar en una pieza obscura, y en caso ~~en~~ que dentro de esta ha<sup>ya</sup> fallecido una persona, con mucho más razón. Donde viven casi exclusivamente paisanos, es un asunto muy serio para el arqueólogo conseguir gente para realizar excavaciones. Así me sucedió en Quiroga, donde habíamos encontrado una urna con restos humanos que el dueño del terreno no me permitía llevar, por cuanto tenía que velar primero los restos para que no sucediera ninguna desgracia a su familia. Así fué, seis meses después pude retirarla.

Casi todas las personas cuya edad pasa de los cincuenta años, son analfabetos, mientras entre los más jóvenes es difícil encontrar a uno que no haya visitado la escuela; en Santiago existen en la actualidad más de 600 escuelas de la Ley Lainez, completadas en los centros de más importancia con escuelas provinciales que no tienen más que el ~~5º~~ 5º y 6º grado. Para <sup>ag. neltó</sup> estos antiguos, la palabra vale más que la firma, y es cumplido, religiosamente. Muchas veces he tenido oportunidad de apreciar esta lealtad en detalles de poca importancia. Tengo bien presente el caso de una viejita, <sup>que</sup> como se decía centenaria, que, entre mate y mate, me sabía hablar de los tiempos de Facundo Quiroga; fuera de algunas <sup>pequeñas</sup> cosas de uso personal, todos los bienes de ella consistían en 18 cabras. Ya en vida de ~~ella ya~~ había destinado para el caso de su muerte cada cabra a un nuevo dueño. Yo había elogiado algún día una jarrita con plato de arcilla, a lo que ella me dijo que estas dos piezas eran un regalo de su madrina que se las había dado cuando era "chinita chica", cerca de un siglo antes. Pueden imaginarse mi sorpresa, cuando, después de ~~su~~ muerte, ~~lxxxix~~ apareció en mi casa un miembro de la familia quien me entregó por orden de la difunta la jarrita mencionada, que conservo como valioso recuerdo.

El renglon<sup>en</sup> donde existen, quizás, más supervivencias de antaño, es el arte culinario, en parte porque el maíz, oriundo de esta tierra, ha sido desde tiempos inmemoriales, la base principal de las comidas. Existen un sinnúmero de preparaciones diferentes de las cuales mencionaré solamente dos: los tamales y la mazamorra. Para ambos se colocan los granos primero en un mortero de algarrobo para "pisarlo" mediante una mano de mortero del mismo material (el mortero y su mano son también legados indígenas) hasta que se quiebra el grano, separándose la cáscara, venteándola. Así el grano ya está apto para la cocción. Voy a mencionar en este lugar que <sup>en muchas zonas de</sup> Santiago del Estero es muy dudoso que <sup>equiv</sup> consiguiera mazamorra, pidiéndola con este nombre, porque más conocido y comunmente usado es el nombre quichua: api. Otros recuerdos encontramos en el aprovechamiento de las frutas silvestres: el mistol, el chañar, las tu-

nas y el algarrobo. Todas estas frutas se comen ~~crudas~~ en estado crudo; ~~como~~ el mistol y ~~la~~ algarroba, principalmente la negra se conservan en piruas para forraje <sup>de</sup> en el invierno. Del mistol y de las tunas se fabrica arrope, mientras el chafiar no solamente dá el dulce mencionado, sino <sup>que</sup> se aprovecha también la corteza del árbol, la fruta y la raíz como remedio eficaz contra la tos y principalmente la tos convulsa. De la fruta del algarrobo, y en este caso con preferencia de la algarroba blanca, se prepara una bebida alcohólica: la aloja que también ya servía a los indios en sus días de fiesta. Los que viven retirados de los centros urbanos o poblaciones de cierta importancia y que por eso no pueden proveerse diariamente de carne fresca, aprovechan toda clase de animales que existen en la selva. Aquí debemos mencionar en primer lugar la viscacha cuyas viviendas se cavan de día o se las ~~ca~~ casa de noche con farol. Pero no retroceden ante ninguna otra carne, como por ejemplo, el zorrino, del que les puedo asegurar, por experiencia propia, <sup>que</sup> tiene una carne delicadísima; las cuatro clases de armadillo, corzuelas, martinetas y perdices, etc. La carne de puma y de jaguar tampoco se rechaza. Para endulzar las comidas, hoy como antes, les sirve la riquísima miel de las <sup>i</sup> lechguanas, muy dulce, muy aromática y sin cera.

La flora santiagueña tiene también una gran aplicación en la medicina cuyos conocimientos han pasado también de generación a generación. Sería muy largo enumerar todas las aplicaciones, por consiguiente me limitaré a uno, porque he probado personalmente su bondad, y el otro porque lo <sup>e</sup> he visto utilizar con el mejor éxito. El primero consiste en un remedio contra lumbago para lo que se emplea la jarilla (*Larrea divaricata*) haciendo hervir las ramas en agua; paños mojados en este líquido se aplica<sup>n</sup> después tan caliente como sea posible a la parte dolorida; además, de las hojas se prepara un té que el enfermo debe tomar endulzándolo con miel. El segundo remedio es una aplicación de la penca de quimil (*Opuntia quimili*) contra la picadura de víboras, lo que he visto emplear con un éxito asombroso. Un día trabajaba con varias cuadrillas en el fondo de un canal para ampliarlo en los costados. Las barrancas tenían una altura de más o menos tres metros. Por ser un día muy caluroso, la gente trabajaba con el torax desnudo. De repente ví caer desde la altura a dos jarará; la más grande que tenía 1.40 metros de largo, un macho, clavó los colmillos a uno de los hombres en las espaldas, un poco más arriba de los riñones. <sup>Removido</sup> Lejos para poder trasladar al herido inmediatamente a un hospital, un compañero se ofreció curarlo. Consintió el herido, y el otro sacó el cuchillo y cortó una penca de quimil, la peló con lo que quedaba un pedazo blanco como una pastilla de jabón. Con eso empezó a <sup>fr</sup>tar ~~gar~~ la parte mordida, formándose en seguida espuma que primero fué blanca, pasando paulatinamente a amarillo, marrón claro para llegar <sup>por</sup> al último a un color café oscuro. En este momento el médico, como lo llamaba la gente, tiró el pedazo de penca, renovado

varias veces durante el procedimiento, y me dijo que el mordido ya estaba sano, que le había extraído toda la penzoña. El herido no quería otra cura, pero no dejé de observarlo porque aun tenía mis dudas respecto a la curación. El hecho había sucedido como a las 10 de la mañana, el tratamiento había exigido más o menos una hora; al mediodía comió como siempre; a las siete de la tarde <sup>tenía</sup> ~~tiene~~ ligera temperatura y a la mañana siguiente estuvo nuevamente en el trabajo. Así aprendí la bondad de este remedio. Debía citar también un sinnúmero de grasa de diversos animales que se guarda cuidadosamente porque cada uno es remedio para un <sup>distinto mal.</sup>

Con tristeza se observa la desaparición de renglón heredado que ha sido en su tiempo el exponente mayor de la habilidad manual alcanzado y de las expresiones artísticas de los pueblos: la industria casera del tejido y de alfarería. Treinta años atrás se encontraba todavía en Santiago del Estero familias enteras que se dedicaban a la tejeduría con los telares más sencillos, hilando previamente la lana de las ovejas que criaban. Los hilos se teñía con colores naturales extraídos de la flora del lugar. Los diseños con los que se adornaba <sup>la</sup> tela eran simplemente geométricos variando solamente las combinaciones. Hoy son contados los puntos donde vive aun una tejedora pero ya no se ocupa de su oficio porque es menos molesto y más barato comprar lo que se necesita. La nueva generación ya ni sabe tejer, y esta hermosa industria casera está condenada a desaparecer irremediablemente sucumbiendo ante la maquinaria moderna. Algo parecido sucede con la industria alfarera. Todavía, en los primeros años de mi estadía, he tenido oportunidad de observar el trabajo de las alfareras; todas las que he conocido, han muerto o han dejado de trabajar porque no tenían compensación. En algunos rincones donde aun no ha llegado la explotación forestal, trabaja todavía una que otra, pero con destino de desaparecer dentro de corto plazo. El año pasado me hablaron de olleras que debían existir todavía en los alrededores de Córdoba. Afanosamente busqué durante un mes; encontré que habían conocido olleras, pero la respuesta invariable a mi pregunta, ¿donde están?, fué que han muerto o que se han ido. No es <sup>la</sup> decidida <sup>que</sup> ~~hace~~ desaparecer estas industrias, que han florecido cuando aun no existía el factor tiempo, tienen <sup>que</sup> inclinarse ante las exigencias de la vida moderna y ceder el paso al mundo cada día más mecanizado.

Linguísticamente me han llamado la atención dos detalles: en el castellano la supervivencia de muchas palabras que no existen en la lengua moderna, que no son tampoco argentinismos, sino se ~~las~~ vuelve a encontrar en la documentación escrita de fines del siglo XVI empleadas en el mismo sentido. El único idioma indígena que aun en la actualidad tiene una gran difusión en Santiago del Estero es el quichua; la mayoría de los santiagueños <sup>no</sup> <sup>si</sup> lo hablan, por lo menos lo entienden. Además hay muchos topónimos que algunos se han esforzado de explicar con esta lengua, aunque creemos

que sería más fácil encontrarlo<sup>s</sup> en otro idioma, por ejemplo el aymara. Santiago es la única provincia norteña donde el quichua se ha conservado de tal manera; sin embargo no conocemos ningún documento histórico ni ningún<sup>o</sup> arqueológico que hablara en favor de la creencia que los incas a su tiempo habían llegado a Santiago, pero la gran difusión de su idioma hubiera exigido una larga ocupación. En la actualidad muchas personas y muchos santiagueños están convencidos de la ocupación incáica. Hay documentos de mucho peso que se oponen a esta teoría. <sup>y que</sup> En primer lugar que, en original se conservan en el archivo de la provincia de Santiago del Estero: uno militar y el otro eclesiástico. El primero procede de la expedición Mercado a la zona de Loreto, Sudoeste de la provincia, y dice en la parte pertinente que han podido entenderse con los pobladores, por cuanto uno que otro entendía el quichua. El segundo es una comunicación del cura párroco de Salavina a la curia de Santiago que ha tenido que valerse de intérpretes para confesar a sus neófitos por cuanto no entendían ~~el~~ quichua. Este documento fechado en el año 1668 proviene de Salavina, en la actualidad el foco del quichuismo santiagueño. En las costas del Salado el idioma quichua es corriente, pero casi todos entienden y hablan también el castellano. No así en Salavina, donde en una mañana muy calurosa llegué a una casa para pedir agua; salieron dos viejitos y se miraron cuando les ~~hablaban~~ <sup>hablé</sup> en castellano. Menos mal que conocía ~~la~~ <sup>los</sup> vocablos respectivos en quichua, sino hubiera tenido que esperar hasta que volvieran los nietos de la escuela. En el Sud del Departamento Avellaneda paraba durante unas excavaciones en la casa de un acaudalado propietario de pura sangre india, donde se hablaba únicamente el quichua por cuanto los dueños no entendían otra lengua, porque nunca habían conocido una escuela. Hay un tercer factor que se opone a la introducción del quichua por los incas, y lo es que el quichua santiagueño es bastante diferente del quichua del altiplano. La lengua quichua de Santiago ha incorporado muchas formas gramaticales españolas como también vocablos castellanas quichuizadas. A mi juicio, el quichua ha sido introducido en Santiago por los misioneros quienes no podían ejercer su misión sin conocer por lo menos un idioma indígena, siendo el más fácil el quichua, o en su <sup>resp. zona</sup> ~~parte~~ el guaraní.